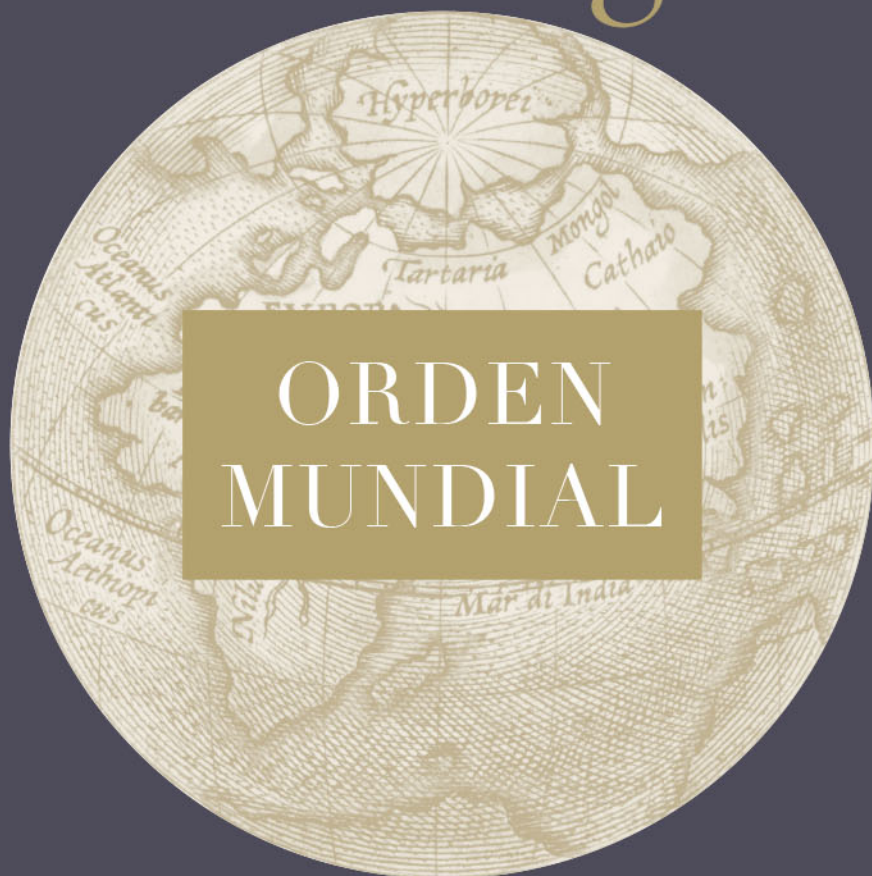


«Deslumbrante e instructivo... Un libro magistral» Walter Isaacson, *Time*

Henry Kissinger



ORDEN MUNDIAL

Reflexiones sobre el carácter de los países
y el curso de la historia

DEBATE

1

Europa

El orden internacional pluralista

LA SINGULARIDAD DEL ORDEN EUROPEO

La historia de la mayoría de las civilizaciones es una sucesión de ascensos y caídas de los imperios. El orden era establecido por la forma de gobierno interna, no por el equilibrio entre estados: era fuerte cuando la autoridad central era cohesiva y más precario bajo gobernantes más débiles. En los sistemas imperiales, las guerras por lo general se libraban en las fronteras del imperio o eran guerras civiles. Se pensaba que la paz estaba al alcance del poder imperial.

En China y en los territorios del islam hubo batallas políticas por el control de un marco de orden establecido. Las dinastías cambiaban, pero cada nuevo grupo gobernante se proclamaba único restaurador de un sistema legítimo deteriorado. En Europa no se produjo esa evolución. Con la caída del Imperio romano, el pluralismo pasó a ser la característica definitoria del orden europeo. La idea de Europa era definida como denominación geográfica, como expresión del cristianismo o de la sociedad cortesana, o como centro iluminista de la comunidad de instruidos y la modernidad.¹ Puesto que, si bien podía entenderse como civilización única, Europa nunca tuvo un gobierno único ni una identidad unitaria y fija. Modificó a intervalos frecuentes los principios en nombre de los cuales se autogobernaban sus diversas unidades, experimentando así un nuevo concepto de la legitimidad política o del orden internacional.

En otras regiones del mundo, la posteridad considera como «tiempo de conflicto», guerra civil o «etapa caudillista» los períodos de rivalidad entre gobernantes: un lamentable interludio de desunión que

fue necesario trascender. Europa, en cambio, prosperó con la fragmentación y aprovechó sus divisiones. La visión idealizada de los estadistas europeos —a veces consciente, otras no— no veía a las distintas nacionalidades y dinastías rivales como una forma del caos que tenía que ser expurgada, sino como un complejo mecanismo tendiente a alcanzar un equilibrio que preservara los intereses, la integridad y la autonomía de cada pueblo. Durante más de mil años el orden en el arte de gobernar derivó del equilibrio y la identidad de la resistencia a un gobierno universal. Ello no se debió a que los monarcas europeos fueran más inmunes a las glorias de la conquista que sus pares de otras civilizaciones, y tampoco a que estuvieran más comprometidos con un ideal abstracto de diversidad. Más bien no tenían fuerzas para imponer decididamente su voluntad sobre otros. Con el paso del tiempo, el pluralismo adoptó las características de un modelo de orden mundial. En nuestra época ¿Europa ha trascendido esta tendencia pluralista o, por el contrario, las luchas internas de la Unión Europea la confirman?

Durante quinientos años, el gobierno imperial de Roma garantizó un conjunto único de leyes, una defensa común y un nivel de civilización extraordinario. Con la caída de Roma, tradicionalmente fechada en el 476 d.C., el imperio se desintegró. En la época que los historiadores llaman Edad Oscura (Edad Media) floreció la nostalgia por la universalidad perdida. La visión de armonía y unidad se concentró cada vez más en la Iglesia. Para esa visión del mundo, la cristiandad era una sociedad única administrada por dos autoridades complementarias: el gobierno civil, los «sucesores del César», que mantenían el orden en la esfera temporal, y la Iglesia, los sucesores de Pedro, que cultivaban principios absolutos y universales de salvación.² Agustín de Hipona, que escribía en el norte de África mientras el Imperio romano se desmoronaba, llegó a la conclusión teológica de que la autoridad política temporal era legítima siempre y cuando buscara propiciar la vida en el temor de Dios y, a través de ello, la salvación del hombre. «Son dos los sistemas», le escribió el papa Gelasio I al emperador bizantino Anastasio en el año 494, «que gobiernan este mundo: la autoridad sagrada de los sacerdotes y el poder monárquico. De estos dos, el mayor peso recae sobre los sacerdotes porque son ellos

quienes responderán ante el Señor, incluso por los reyes, en el Juicio Final.» En este sentido, el orden mundial real no era de este mundo.

Esta visión abarcadora del orden mundial tuvo que enfrentarse a una anomalía desde el comienzo: en la Europa postimperio romano docenas de gobernantes políticos ejercían la soberanía sin que hubiera una jerarquía clara entre ellos; todos invocaban su fidelidad a Cristo, pero su vínculo con la Iglesia y su autoridad era ambiguo. La autoridad de la Iglesia fue delineada por feroces debates mientras los reinos, con sus ejércitos separados y sus políticas independientes, maniobraban para obtener ventajas de maneras que aparentemente no tenían ninguna relación con la Ciudad de Dios de Agustín.

Las aspiraciones de unidad se concretaron brevemente en la Navidad del año 800, cuando el papa León III coronó a Carlomagno, rey de los francos y conquistador de gran parte de lo que es hoy Alemania y Francia, como *Imperator Romanorum* (emperador de los romanos) y le otorgó derecho teórico a la mitad oriental del antiguo Imperio romano, hasta entonces territorio de Bizancio. El emperador le prometió al Papa «defender todos los flancos de la santa Iglesia de Cristo de la incursión pagana y la devastación de los herejes en el extranjero, y fortalecer dentro del imperio la fe católica reconociéndola».³

Pero el imperio de Carlomagno no cumplió sus aspiraciones: de hecho, comenzó a desmoronarse apenas fundado. Carlomagno, acusado por cometidos geográficamente más cercanos, nunca intentó gobernar las tierras del antiguo Imperio romano oriental que el Papa le había adjudicado. En el oeste hizo pocos progresos para recuperar a España de los conquistadores árabes. Tras la muerte de Carlomagno sus sucesores trataron de reforzar su posición apelando a la tradición, por lo que rebautizaron sus posesiones como Sacro Imperio Romano. Pero el imperio de Carlomagno, debilitado por las guerras civiles, desapareció de escena como entidad política coherente menos de un siglo después de haber sido fundado (aunque su nombre continuó designando una serie cambiante de territorios hasta 1806).

China tenía su emperador. El islam, su califa: el líder reconocido de los territorios islámicos. Europa tenía su sacro emperador romano. Pero el sacro emperador romano operaba desde una base mucho más

débil que sus cofrades de otras civilizaciones. No disponía de una burocracia imperial. Su autoridad dependía de su fuerza en las regiones que gobernaba por capacidad dinástica, esencialmente sus posesiones familiares. Su posición no era formalmente hereditaria y dependía de que fuera electo por un conjunto de siete, después nueve, príncipes; estas elecciones generalmente se decidían por una mezcla de maniobras políticas, evaluaciones de piedad religiosa y sobornos copiosos. En teoría el emperador debía su autoridad a la investidura que le otorgaba el Papa, pero las consideraciones políticas y logísticas no solían tenerlo en cuenta y le permitían gobernar durante años como «emperador electo». Religión y política nunca se fusionaban en un constructo único y terminaban por corroborar la broma cargada de verdad de Voltaire, cuando decía que el Sacro Imperio Romano no era «ni sacro, ni romano, ni imperio». El concepto de orden internacional de la Europa medieval suponía un acuerdo paulatino y caso por caso entre el Papa y el emperador y una miríada de señores feudales. El orden universal basado en la posibilidad de un reino único y un conjunto también único de principios legitimadores resultaba cada vez menos practicable.

El florecimiento de la visión medieval de orden mundial tuvo su único y breve momento de gloria con la coronación del príncipe Carlos de Habsburgo (1500-1558) en el siglo XVI; pero su mandato también abrió paso a su irrevocable decadencia. El adusto y piadoso príncipe flamenco había nacido para mandar; excepto por su notoria preferencia por la comida especiada, en líneas generales se lo consideraba un monarca sin vicios e inmune a las distracciones. Heredó la corona de los Países Bajos siendo todavía un niño y la de España —con su vasto y expandido conjunto de colonias en Asia y las Américas— a los dieciséis años. Poco después, en 1519, venció en la elección para el puesto de sacro emperador romano, convirtiéndose así en el sucesor formal de Carlomagno. La coincidencia de títulos refleja que la visión medieval estaba en condiciones de hacerse realidad. Un único gobernante, además piadoso, regía un vasto territorio que abarcaba Austria, Alemania, el norte de Italia, la República Checa, Eslovaquia, Hungría, el este de Francia, Bélgica, Holanda, España y buena parte de las Américas. (Esta gran concentración de poder político fue

producto casi exclusivo de una serie de matrimonios estratégicos y dio origen al famoso dicho de los Habsburgo: «Bella gerant alii; tu, felix Austria, nube!» («Deja las guerras para otros; tú, Austria feliz, ¡cásate!»). Los exploradores y conquistadores españoles —Magallanes y Hernán Cortés navegaron bajo el auspicio de Carlos— estaban embarcados en el proceso de destruir los antiguos imperios americanos e imponer los santos sacramentos, junto con el poder político europeo, en el Nuevo Mundo. Los ejércitos y las armadas de Carlos debían defender la cristiandad de una nueva ola de invasiones encabezadas por los turcos otomanos y sus aliados en el sudeste europeo y el norte de África. Su tempestuosa personalidad condujo a Carlos a contratar en Túnez con una flota financiada con oro del Nuevo Mundo. Envuelto en el aura de estos acontecimientos excitantes, fue calificado por sus contemporáneos como «el más grande emperador desde la división del imperio en 843»,⁴ predestinado a devolver el mundo a «un solo pastor».

Siguiendo la tradición de Carlomagno, en su coronación Carlos prometió erigirse en «protector y defensor de la santa Iglesia romana», y las multitudes le juraron obediencia al grito de «Caesare» e «imperio»; el papa Clemente proclamó que Carlos era la fuerza temporal que «restablecería la paz y el orden» en la cristiandad.⁵

Un visitante chino o turco podría haber reconocido en la Europa de aquella época un sistema político en apariencia similar al de su país: un continente sujeto a una dinastía única imbuida de la sensación de mandato divino. Si Carlos hubiera podido consolidar su autoridad y gestionar una sucesión pacífica y ordenada en el vasto conglomerado territorial de los Habsburgo, Europa habría sido modelada por una autoridad central dominante al igual que el Imperio chino o el califato islámico.

No fue así; Carlos ni siquiera lo intentó. En última instancia, se contentaba con basar el orden en el equilibrio. La hegemonía podía ser su legado, pero no su objetivo, y así lo demostró cuando, después de capturar a su rival político temporal —el rey francés Francisco I— en la batalla de Pavia en 1525, lo liberó, permitiendo de ese modo que Francia retomara su política exterior autónoma y hostil en el corazón de Europa. El rey francés repudió el gesto grandilocuente de Carlos

dando el notable paso —absolutamente contrario al concepto medieval del Estado cristiano— de ofrecer cooperación militar al sultán otomano Suleimán, que por entonces estaba invadiendo Europa Oriental y desafiaba el poder de los Habsburgo desde el este.⁶

La universalidad de la Iglesia que Carlos trataba de reivindicar tampoco habría de lograrse.⁷ Se demostró incapaz de impedir que la nueva doctrina protestante se propagara por los territorios que eran el núcleo de su poder. La unidad religiosa y la unidad política se fracturaron. El esfuerzo por hacer realidad las aspiraciones inherentes a su función superaba las capacidades de un solo individuo. Un retrato inquietante pintado por Tiziano en 1548, actualmente expuesto en la Alte Pinakothek de Munich, refleja el tormento de un hombre eminente demostrando que no logró alcanzar la plenitud espiritual y tampoco manipular las palancas para él secundarias del gobierno hegemónico. Carlos resolvió abdicar de sus títulos dinásticos y dividir su vasto imperio, y lo hizo de un modo que reflejó el pluralismo que finalmente triunfó sobre su búsqueda de unidad. Legó a su hijo Felipe el reino de Nápoles y Sicilia, además de la Corona de España y su imperio global. En una emotiva ceremonia celebrada en Bruselas en 1555, recordó los hitos de su reinado, demostrando la diligencia con que había cumplido sus deberes e, ipso facto, entregó a Felipe el gobierno de los Países Bajos. Ese mismo año concertó un tratado emblemático, la Paz de Habsburgo, que reconoció el protestantismo dentro del Sacro Imperio Romano. Dejando a un lado los cimientos espirituales de su imperio, Carlos otorgó a los príncipes el derecho a elegir la orientación confesional de sus territorios. Poco después renunció a su título de sacro emperador romano, trasladando la responsabilidad por el imperio, sus sediciones y sus desafíos externos a su hermano Fernando. Luego se retiró a un monasterio en una zona rural de España donde llevó una vida de reclusión. Pasó sus últimos años en compañía de su confesor y de un relojero italiano cuyas obras colgaban de las paredes y cuyo oficio Carlos intentó aprender. Murió en 1558, y su testamento expresaba su arrepentimiento por la fractura de la doctrina durante su reinado y pedía a su hijo que intensificara [el poder de] la Inquisición.

Tres eventos acabaron por desintegrar el antiguo ideal de unidad. La época de la muerte de Carlos V coincidió con tres cambios revo-

lucionarios —el comienzo de la era de los descubrimientos, la invención de la imprenta y el cisma de la Iglesia— que hicieron que las aspiraciones europeas pasaran de una empresa regional a una global y al mismo tiempo fragmentaron el orden político y religioso medieval.

En un mapa del universo, tal como lo entendían los europeos instruidos en la Edad Media, los hemisferios norte y sur se extendían desde de la India en el este hasta Iberia y las islas de Bretaña en el oeste, con Jerusalén en el centro. Según la percepción medieval, ese no era un mapa para viajeros sino un escenario creado por Dios para el drama de la redención humana. Se creía que el mundo, según postulaba la autoridad bíblica, estaba compuesto por seis séptimas partes de tierra y una de agua.⁸ Dado que los principios de salvación eran fijos y podían cultivarse esforzadamente en territorio cristiano, no había recompensa alguna para quienes se aventuraran más allá de los límites de la civilización. En el *Infierno*, Dante describe el pasaje de Ulises a través de las Columnas de Hércules (el peñón de Gibraltar y las cumbres adyacentes del norte de África, en el extremo occidental del mar Mediterráneo) en busca de conocimiento y muestra cómo es castigado por transgredir el plan de Dios con un tornado que hace zozobrar su nave y perecer a todos los tripulantes.

La era moderna se anunció cuando sociedades emprendedoras comenzaron a buscar gloria y riquezas mediante la exploración de los océanos y lo que hubiese allende ellos. Europa y China iniciaron casi simultáneamente su aventura en el siglo xv. Los barcos chinos, por entonces los más grandes y tecnológicamente más avanzados del mundo, realizaban viajes de exploración que los llevaban hasta el Sudeste asiático, la India y la costa oriental de África. Intercambiaban obsequios con los dignatarios locales, enrolaban a los príncipes en el «sistema de tributos» imperial de China y se llevaban de regreso curiosidades culturales y zoológicas. Pero tras la muerte del navegante Zheng He en 1433, el emperador chino puso fin a las aventuras de ultramar y la flota quedó abandonada. China continuó insistiendo en la relevancia universal de sus principios de orden mundial, pero a partir de entonces los cultivó internamente y también en las poblaciones adyacentes a sus fronteras. Nunca más volvió a intentar una empresa naval de tamaño envergadura, quizá hasta nuestra época.

Sesenta años más tarde las potencias europeas salieron a navegar desde un continente donde las autoridades soberanas rivalizaban entre sí: todos los monarcas financiaban expediciones navales con la esperanza de sacar ventaja comercial o estratégica sobre sus rivales. Los barcos portugueses, holandeses e ingleses zarpaban hacia a la India; las embarcaciones de bandera española e inglesa navegaban rumbo al hemisferio occidental. Ambos comenzaron a desplazar a los monopolios comerciales y estructuras políticas existentes. Acababa de iniciarse un período que supondría tres siglos de influencia europea sobre los asuntos mundiales. Las relaciones internacionales, otrora una empresa regional, pasaron a ser geográficamente globales —con el centro de gravedad en Europa— y dentro de su marco se definió el concepto de orden y se determinó su puesta en práctica.

A esto le siguió una revolución en el pensamiento respecto a la naturaleza del universo político. ¿Cómo cabía concebir a los habitantes de regiones cuya existencia había sido hasta entonces desconocida? ¿Cómo encajaban en la cosmología medieval del imperio y el papado? Un consejo de teólogos convocado por Carlos V en 1550-1551 en la ciudad española de Valladolid había llegado a la conclusión de que quienes vivían en el hemisferio occidental eran seres humanos con alma y, por tanto, con derecho a la salvación. Por supuesto que esta conclusión teológica era también una máxima destinada a justificar la conquista y la conversión. De este modo los europeos tenían permiso para aumentar su riqueza y, al mismo tiempo, salvar sus conciencias. Su competencia por el control territorial global modificó de lleno la naturaleza del orden internacional. La perspectiva de Europa se expandió hasta que los sucesivos proyectos coloniales de distintos estados europeos abarcaron la mayor parte del globo y el concepto de orden mundial se fusionó con el funcionamiento del equilibrio de poder europeo.

El segundo acontecimiento seminal fue la invención de los tipos de imprenta móviles a mediados del siglo xv, que hizo posible compartir el conocimiento a una escala hasta entonces inimaginable. La sociedad medieval había almacenado conocimiento, ya fuera memorizándolo, copiando a mano laboriosamente los textos religiosos o conociendo la historia a través de la poesía épica. En la era de los des-

cubrimientos fue necesario entender aquello que se descubría, y la imprenta posibilitó que se divulgara información al respecto. El descubrimiento de nuevos mundos también inspiró el deseo de redescubrir el viejo mundo y sus verdades, en especial la importancia crucial del individuo. El creciente interés por la razón como fuerza objetiva de iluminación y explicación comenzó a sacudir las instituciones existentes, incluida la hasta entonces invulnerable Iglesia católica.

La tercera sedición revolucionaria, la Reforma protestante, se inició cuando Martín Lutero colgó noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg en 1517, en las que insistía en la relación directa de cada individuo con Dios; por tanto, la clave para la salvación era la conciencia individual y no la ortodoxia establecida. Numerosos príncipes feudales aprovecharon la oportunidad para adoptar el protestantismo, imponiéndolo a sus poblaciones y enriqueciéndose a través de la apropiación de las tierras de la Iglesia. Cada parte veía a la otra como hereje y los desacuerdos se transformaron en luchas a vida o muerte cuando las disputas políticas convergían con las religiosas. La barrera que separaba las disputas internas de las foráneas cayó cuando los soberanos comenzaron a apoyar a las facciones rivales en las luchas religiosas domésticas, a menudo sangrientas, de sus vecinos. La Reforma protestante acabó con el concepto de un orden mundial defendido por las «dos espadas»: la del papado y la del imperio. La cristiandad estaba dividida y en guerra consigo misma.

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS: ¿QUÉ ES LEGITIMIDAD?

Un siglo de guerras intermitentes acompañó el surgimiento y la propagación de la crítica protestante a la supremacía de la Iglesia: el Imperio Habsburgo y el papado trataron de acabar con el desafío a su autoridad y los protestantes resistieron en defensa de su nueva fe.

El período que la posteridad denominaría como guerra de los Treinta Años (1618-1648) llevó este conflicto a su apogeo. Ante la inminente sucesión imperial y el hecho de que el rey católico de Bohemia, Fernando de Habsburgo, fuera el candidato más plausible, la

nobleza bohemia protestante intentó un cambio de régimen ofreciendo su corona —y su decisivo voto electoral— a un príncipe protestante alemán, a resultas de lo cual el Sacro Imperio Romano habría dejado de ser una institución católica. Las fuerzas imperiales aplastaron la rebelión en Bohemia y luego embistieron contra el protestantismo en general, desatando una guerra que asoló Europa Central. (Los príncipes protestantes casi siempre residían en el norte de Alemania, que incluía la por entonces insignificante Prusia; el corazón del territorio católico estaba al sur de Alemania y Austria.)

En teoría, los soberanos católicos, como el sacro emperador, estaban obligados a acompañarlo en su lucha contra las nuevas herejías. Pero, forzados a elegir entre la unidad espiritual y la ventaja estratégica, no fueron pocos los países que eligieron esta última. El ejemplo más notable fue Francia.

En un período de sedición generalizada, cualquier país que mantenga su autoridad interna estará en posición de explotar el caos de los estados vecinos en favor de objetivos internacionales más amplios. Un plantel de sofisticados y despiadados ministros franceses vio la oportunidad y actuó con decisión. El reino de Francia inició así el proceso de darse una nueva forma de gobierno. En los sistemas feudales la autoridad era personal: el gobierno reflejaba la voluntad del gobernante, pero también estaba circunscripto a la tradición, lo cual limitaba los recursos disponibles para las acciones nacionales o internacionales del país. El primer ministro de Francia entre 1624 y 1642, Armand-Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, fue el primer estadista que superó estas limitaciones.

Hombre del clero experto en intrigas cortesanas, Richelieu supo adaptarse inmejorablemente a un período de revueltas religiosas y estrepitoso derrumbe de las estructuras establecidas. El menor de tres hijos de una familia noble de poca monta en un principio probó fortuna en la carrera militar, pero de inmediato se dedicó a la teología tras la inesperada renuncia de su hermano al obispado de Luçon, que era un derecho de nacimiento. Según la tradición [leyenda], Richelieu acabó sus estudios religiosos tan rápidamente que no tenía la edad mínima necesaria para ocupar un puesto clerical; pero subsanó el obstáculo viajando a Roma y mintiéndole al mismo Papa acerca de

su edad. Una vez obtenidas sus credenciales se entregó a las políticas facciosas de la corte francesa, convirtiéndose primero en estrecho aliado de la reina madre, María de Médicis, y luego en leal consejero del mayor rival político de la reina, su hijo menor, el rey Luis XIII. Ambos sentían una fuerte desconfianza hacia Richelieu, pero debilitados como estaban por los conflictos internos con los hugonotes franceses, no podían permitirse el lujo de prescindir de su genio administrativo y político. La mediación del joven clérigo entre los monarcas enemistados fue recompensada con una recomendación para que le otorgaron el capelo de cardenal en Roma; una vez nombrado cardenal, pasó a ser el miembro de más alto rango en el consejo privado del rey. La «eminencia roja» (así lo llamaban por su vaporoso hábito rojo cardenalicio) mantuvo su cargo durante casi dos décadas en que llegó a ser el primer ministro de Francia —el poder detrás del trono— y el genio creador de un nuevo concepto de Estado centralizado y una política exterior basada en el equilibrio de poder.⁹

En la misma época en que Richelieu conducía la política de su país, también circulaban los tratados de Maquiavelo acerca de los estadistas.¹⁰ No sabemos si Richelieu estaba familiarizado con esos textos sobre la política del poder. Pero indudablemente practicaba sus principios esenciales. Richelieu desarrolló un enfoque radical del orden internacional. Acuñó la idea de que el Estado era una entidad abstracta y permanente que existía por derecho propio. Sus necesidades no dependían de la personalidad del gobernante, tampoco de los intereses familiares o las exigencias universales de la religión. Su objetivo era el interés nacional según principios determinados racionalmente: lo que más tarde se conocería como *raison d'état*. Por tanto, habría de ser la unidad básica de las relaciones internacionales.

Richelieu manejaba el Estado incipiente como un instrumento de alta política. Centralizó la autoridad en París, creó los llamados intendentes o custodios profesionales para proteger la autoridad del gobierno en todos y cada uno de los distritos del reino, volvió eficiente la recaudación de impuestos y desafió decisivamente a las autoridades locales de la antigua nobleza. El poder real continuaría siendo ejercido por el rey en tanto símbolo del Estado soberano y expresión del interés nacional.

En *Orden mundial*, Henry Kissinger presenta una profunda y original reflexión sobre las causas de la armonía y de los conflictos en los asuntos globales. A partir de su inmensa experiencia como uno de los principales estadistas del siglo XX, asesor de presidentes, conocedor del mundo, observador y participante en los temas centrales de política internacional del último medio siglo, Kissinger expone en esta obra su visión del reto fundamental del siglo XXI: cómo construir un orden internacional compartido en un mundo con perspectivas históricas divergentes, plagado de conflictos violentos, tecnología desbocada y extremismo ideológico.

•

«El mejor Kissinger, con su inimitable combinación de erudición y agudeza, y el talento para unir titulares con tendencias a largo plazo; a muy largo, en este caso. Abarca desde el Tratado de Westfalia hasta los avances en microprocesadores, de Sun Tzu a Talleyrand, a Twitter.»

Hillary Clinton, *The Washington Post*

•

«El nuevo libro de Henry Kissinger, *Orden mundial*, no puede ser más oportuno. Kissinger, a sus noventa y un años, recorre a buen paso los siglos y los continentes, y examina las alianzas y los conflictos que han definido Europa a través de los siglos, las consecuencias de la desintegración de estados como Siria o Irak, y la relación de China con el resto de Asia y Occidente.»

Michiko Kakutani, *The New York Times*

ISBN 978-607-314-389-9



9 786073 143899

www.megustaleer.com.mx



/megustaleermexico



@megustaleermex